

dición? B. Te escucho, soy todo oídos, aproxímate á mí. A. No es esto todavía lo que quiere decirnos el músico, ahora lo que hace es prometer que va á decirnos algo, algo sorprendente como lo da á entender con sus gestos. ¡Cómo hace señas! ¡Cómo se endereza! ¡Cómo gesticula! El momento de la tensión suprema le parece llegado; dos compases más y presentará su tema, soberbio, adornado, resplandeciente de piedras preciosas. ¿Es una hermosa mujer? ¿Es un gallardo caballo? En resumen: mira en torno suyo, porque tiene que recoger miradas llenas de encanto; ahora es cuando su tema le satisface completamente, ahora es cuando se vuelve inventivo, ahora cuando se atreve con rasgos nuevos y audaces. ¡Cómo hace resaltar su tema! Pero cuidado; no trata solamente de adornar, sino también de adobar con colorete. Sabe como es el color de la salud y trata de fingirle; es más sagaz de lo que yo creía en el conocimiento de sí mismo. Ahora que está persuadido de que ha convencido á los oyentes, presenta sus invenciones como si fueran la cosa más importante que existiese bajo la faz del sol, señala su tema con un dedo insolente como si fuese demasiado bueno para este público. Mas ¡qué desconfiado anda! ¡qué miedo tiene de que nos cansemos! Por eso envuelve sus melodías bajo una cubierta dulzarrona y ahora apela á nuestros sentidos más groseros, para conmovernos y apoderarse otra vez de nosotros. Escucha cómo evoca la fuerza elemental de los ritmos, la tempestad y el huracán. Y ahora que advierte que estos nos dominan, nos ahogan y están á punto de aplastarnos, se atreve á mezclar de nuevo su tema con la voz de los elementos, para convencernos, cuando nos tiene ya quebrantados y medio ensordecidos, de que nuestra emoción y nuestro ensordecimiento son con-

secuencias de su tema milagroso. Y los oyentes le dan crédito; en cuanto resuena el tema, surge en su memoria el recuerdo de estos conmovedores efectos elementales y el tema se aprovecha de este recuerdo y se vuelve «demoníaco». ¡Cómo conoce el alma humana este músico! Nos domina con los artificios de un orador popular; mas ya cesa la música. B. Y hace bien, pues no puedo aguantar lo que estás diciendo. Prefiero cien veces dejarme engañar á conocer la verdad de ese modo. A. Eso era lo que quería oírte. Los mejores están hechos á tu imagen y semejanza; les gusta dejarse engañar. Venís aquí con oídos groseros, llenos de apetitos, no traéis la conciencia del arte de escuchar. En el camino habéis echado fuera vuestra buena fe más sagaz. Así corrompéis el arte y los artistas. Cuando aplaudís y os regocijáis tenéis en las manos la conciencia del artista; desgraciado de él si se entera de que no sabéis discernir la música inocente de la música pecaminosa. No quiero hablar de buena y mala música, pues en cada una de las dos especies que he indicado, hay de una y de otra. Llamo *música inocente* la que no piensa absolutamente más que en sí misma, no cree más que en sí y se olvida del mundo entero— es la más profunda soledad que eleva su voz, se habla á sí propia de sí misma, é ignora que pueda haber fuera oyentes que la escuchen, efectos, triunfos y fracasos. Pero, en fin, la música que acabamos de oír, pertenece precisamente á esa noble y rara especie de que he hablado y todo lo que dije antes de ella era broma; dispensa mi malicia, si quieres. B. ¿Luego te gusta esta música? Pues entonces quedas dispensado.

256. *La felicidad de los malos.* — Esos hombres callados, sombríos y malos tienen algo que no se les puede

disputar; un goce singular y raro en el *dolce far niente*, un descanso nocturno y una puesta de sol como sólo pueden tenerlos los corazones devorados, desgarrados, envenenados por las pasiones.

257. *Las palabras que tenemos presentes.*—No sabemos expresar nuestros pensamientos más que con aquellas palabras que tenemos á mano. O mejor, para expresar claramente mi sospecha: no tenemos en cada instante más pensamiento que aquél al que corresponden las palabras que tenemos presentes en la memoria y que pueden expresarle aproximadamente.

258. *Adular al perro.*—Basta acariciar la piel de este perro, para que se entremezca y lance chispas como haría cualquier otro adulator; es ingenioso á su manera. ¿Por qué no ha de agradarnos?

260. *El que antaño nos alababa.*—«No habla de mí aunque sabe la verdad y podría decirla. Pero esa verdad parecería una venganza; ¡y estima tanto la verdad este estimable sujeto!»

260. *El amuleto de los hombres dependientes.*—Todo aquel que depende de un amo, necesita poseer algo que inspire temor y sirva de freno á ese amo; por ejemplo, honradez, franqueza... ó mala lengua.

261. *¡A qué echarlas de sublimes!*—¿Conocéis bien esta tribu animal? Es verdad que se agrada más á sí misma cuando camina en dos pies, «como un dios», pero cuando vuelve á ponerse en cuatro patas me gusta más. Está mucho más natural.

262. *El demonio de la dominación.*—El demonio que atormenta á los hombres no es el deseo, ni la necesidad, sino el amor al poder. Aunque lo tengan todo; salud, comida, casa, todas las necesidades cubiertas, seguirán siendo desgraciados y caprichosos, porque el demonio quiere ser satisfecho y aguarda su hora. Que se les prive de todo, y se satisfaga á este demonio y casi se sentirán felices—tan felices como pueden serlo los hombres y los demonios. Pero ¿á qué he de repetirlo? Lutero lo dijo ya mejor que yo: ¡Si nos lo quitan todo, cuerpo, bienes, honor, mujer é hijos, dejadles que lo hagan. ¡Siempre nos quedará el imperio!» Sí, sí, el imperio.

263. *La contradicción encarnada y animada.*—En lo que llamamos genio hay una contradicción fisiológica: el genio tiene, por una parte, mucho movimiento salvaje, desordenado, involuntario, y por otra, mucha actividad superior en el movimiento. Además posee un espejo que le muestra los dos movimientos, uno junto á otro, mezclados y á veces opuestos. La consecuencia de este espectáculo es que el genio es con frecuencia desgraciado, y si se siente dichoso en el momento de la creación, es porque olvida que entonces, al ejercitar su actividad superior, hace algo fantástico é irracional (todo el arte es así) y al hacerlo obedece á una necesidad

264. *Querer engañarse.*—Los hombres envidiosos que tienen muy fino el olfato, no quieren conocer de cerca á sus rivales, para poder creerse superiores á ellos.

265. *El teatro tiene su época.*—Cuando la imaginación de un pueblo se estraga, nace en él la inclinación á

hacer representar sus leyendas en la escena y tolera estas groseras sustituciones de la imaginación; pero en la época á que pertenece el rapsoda épico, el teatro y el cómico disfrazado de héroe son un obstáculo para la imaginación, en vez de darle alas; son algo demasiado cercano, demasiado concreto, demasiado definido, son demasiado pesados y materiales; tienen muy poco de vuelo y de ensueño.

266. *Sin gracia.* — ¡Sabe que carece de gracia! Qué hábil es en ocultarlo. Con virtud severa, con la modestia de la mirada, con la desconfianza adquirida hacia los hombres y hacia la existencia, con salidas groseras, con el desprecio de los refinamientos de la vida, de lo sentimental y de sus exigencias, con una filosofía cínica, llega á volverse un carácter por la conciencia continua de la cualidad que le falta.

267. *¡No hay que enorgullecerse!* — Un carácter noble se distingue de un carácter vulgar en que no tiene á su alcance, como éste, cierta clase de hábitos y de puntos de vista; el azar quiso que ni la herencia ni la educación se los proporcionasen.

268. *El Caribdis y el Scila de los oradores.* — ¡Qué difícil era en Atenas hablar de modo que se conquistase á los oyentes en favor de una causa determinada sin que les repeliera la forma, ni les alejara de la causa que se quería defender la forma misma! ¡Qué difícil es todavía en Francia escribir de la misma manera!

269. *Los enfermos y el arte.* — Un cambio de régimen y un rudo trabajo corporal es el primer tratamiento que

se impone contra cualquier clase de tristeza ó de miseria del alma. Pero los hombres acostumbran en casos tales á recurrir á alguna embriaguez, por ejemplo: al arte; desgraciadamente para ellos y también para el arte. ¿No conocéis que si por enfermos recurrís al arte, hacéis enfermar también al arte?

270. *Tolerancia aparente.* — ¡Qué buenas palabras, tan benévolos, tan amplias, acerca de la ciencia y en favor de la ciencia! pero hay que ver lo que hay detrás de vuestra tolerancia para con la ciencia. Allá, en un rincón de vuestra mente, pensáis que, con todo, la ciencia no os es necesaria y que tenéis la grandeza de alma suficiente para admitirla y para haceros abogados suyos, sin que la ciencia tenga por su parte igual magnanimidad con vuestras opiniones. Pero ¿sabéis que no tenéis derecho á ejercer esa tolerancia? Ese gesto de condescendencia es un insulto más grosero al honor de la ciencia, que el franco desdén con que la trata cualquier eclesiástico ó cualquier artista impetuoso. Os falta la severa conciencia de lo verdadero, no os preocupa y atormenta el hallar á la ciencia en contradicción con vuestros sentimientos; carecéis de aquel deseo insaciable de conocer que os gobernaria como una ley; no veis un deber en la necesidad de estar presente con los ojos dondequiera que se conoce, de no dejar escapar nada de lo conocido. Ignoráis aquello hacia lo cual manifestáis tanta tolerancia, y precisamente porque lo ignoráis acertáis á ponerle ese semblante tan agradable. Si la ciencia os iluminase el rostro con sus ojos, se os descubriría una mirada de odio y de fanatismo. ¿Qué nos importa que seáis tolerantes con un fantasma, mas no con nosotros? ¿Y qué importamos nosotros?

271. *Impresión de fiesta.*—El sentirse subyugados es infinitamente grato para aquellos hombres que con más ímpetu aspiran al poder. Sumergirse de repente y profundamente en un movimiento como en un torbellino, dejarse quitar las riendas de la mano y ser espectador de un movimiento que conducirá no se sabe á dónde, es un gran favor, quienquiera que sea la persona ó la cosa que nos le haga. Nos sentimos felices, anhelantes; percibimos á nuestro alrededor un silencio excepcional, como si estuviéramos en el centro de la tierra. ¡Carecer enteramente de poder por un instante! ¡Ser un juguete en manos de fuerzas primordiales! Hay un gran descanso en esta dicha: el alivio de una pesada carga, un descenso sin fatiga como si nos entregásemos á una fuerza ciega de gravedad. Es el ensueño del hombre que escala una montaña, y que aunque tiene arriba la meta, se duerme en el camino, lleno de fatiga y sueña con la *felicidad contraria*—con rodar sin esfuerzo hasta el pie de la montaña. Describo esta dicha tal como me la represento en nuestra sociedad actual, en nuestra sociedad de Europa y América, tan alterada y aguijoneada por el ansia de poder. A veces los hombres desean recaer en la impotencia: las guerras, las artes, las religiones y los genios les ofrecen este goce. Cuando se ha abandonado el hombre á una impresión momentánea que lo ahoga y lo devora todo—la impresión moderna de fiesta—se vuelve después más tranquilo, más frío, más severo y se aspira entonces, sin descanso, á alcanzar lo contrario: *el poder*.

✓ 272. *La purificación de las razas.*—No hay, probablemente, razas puras, sino tan sólo razas depuradas, y aun éstas son extraordinariamente raras. Las más ex-

tendidas son las razas cruzadas, en las cuales junto defectos de armonía en las formas corporales (por ejemplo, cuando los ojos y la boca no se corresponden), se observan necesariamente faltas de armonía en las costumbres y en las apreciaciones (Livingstone oyó decir una vez: «Dios creó á los blancos y á los negros, y el diablo á los mulatos»).

Las razas cruzadas producen, al par que civilizaciones cruzadas, morales cruzadas también; son generalmente las más crueles, más inquietas y peores. La pureza es el último resultado de innumerables asimilaciones, absorciones y eliminaciones, y el progreso encaminado hacia la pureza se manifiesta en que la fuerza existente en una raza se restringe cada vez más á ciertas funciones escogidas, mientras que antes se tendía frecuentemente á realizar demasiadas cosas contradictorias. Esta restricción presentará siempre apariencias de empobrecimiento; pero hay que juzgarla con prudencia y equidad. Cuando el proceso de la depuración se ha ultimado, todas las fuerzas que antes se perdían en la lucha entre cualidades sin armonía se encuentran á disposición del conjunto del organismo; por eso las razas depuradas se hacen siempre más fuertes y más bellas. Los griegos nos ofrecen el ejemplo de una raza y de una civilización depuradas de este modo, y es de esperar que se logrará algún día la creación de una raza y de una civilización europeas puras.

273. *Las alabanzas.*—Adivinas que alguno va á elogiarte. Te muerdes los labios, se te encoge el corazón; ¡ay!, que te sea ahorrado ese cáliz. Pero el cáliz no se aleja: viene hacia nosotros. Bebamos, pues, la dulce impertinencia del adulador; dominemos la repugnancia

y el profundo desprecio que nos inspiran en el fondo sus alabanzas; demos á nuestro semblante la expresión de la alegría y de la gratitud. ¡El hombre quería agradarnos! Y ahora que ya está hecho, sepamos que se siente muy elevado; ha conseguido un triunfo sobre nosotros—y también sobre sí mismo ¡el animal!—pues no le ha sido tan fácil como parece propinarnos sus alabanzas.

274. *Derechos y privilegios del hombre.*—Somos los hombres la única criatura que cuando fracasa puede suprimirse á sí misma, como se retira una frase imprudente—ya nos conduzcamos así por horror de la humanidad ó por compasión hacia ella, ó bien por aversión hacia nosotros mismos.

275. *El hombre transformado.*—Ahora se vuelve virtuoso para herir á los demás. No miréis demasiado hacia él.

276. *Muchas veces sin esperarlo.*—¡Cuántos casados han visto llegar la mañana en que han comprendido que su mujer era importuna y no se figuraba serlo! No hablo de las mujeres de sentidos despiertos, pero de inteligencia débil.

277. *Virtudes frías y calurosas.*—El valor puede ser una resolución fría é inquebrantable, y puede ser también bravura fogosa y ciega; y no hay más que una palabra para esas dos clases de valor. ¡Cuán diferentes son, sin embargo, las virtudes frías de las virtudes calurosas! Loco será quien se figure que la cualidad de la virtud consiste en el calor; más loco todavía quien se imagine que reside en la frialdad. La hu-

manidad ha juzgado muy útil el valor de la sangre fría y el valor fogoso; pero esta distinción no ha sido lo bastante frecuente para que los hiciera brillar entre sus joyas con dos colores diferentes.

278. *La memoria cortés.*—A todo aquel que ocupa una categoría elevada le conviene proporcionarse una memoria cortés; es decir, recordar todo lo bueno posible de las personas, para tenerlas así en una grata dependencia. El hombre puede proceder así consigo mismo. ¿Tiene ó no tiene una memoria cortés? Este es el punto decisivo para juzgar de su actitud para consigo mismo, de la nobleza, de la bondad ó de la desconfianza que pone en la observación de sus inclinaciones y sus intenciones, y, finalmente, de la calidad de éstas.

279. *Cómo nos hacemos artistas.*—Aquel que hace de alguno su ídolo trata de disculparse ante sí mismo elevándole idealmente; se hace artista en la persona de su ídolo para tener la conciencia tranquila. Si padece, no padece por su ignorancia; sino por mentirse á sí mismo, aparentando ignorancia. El dolor y la alegría interior de un hombre de estos (y todos los que aman con pasión pertenecen á esta especie) no pueden saciar su sed en vasos de dimensiones comunes.

280. *Infantil.*—El que vive como los niños—todo aquel que no lucha para ganar el pan y no cree que sus actos tengan una significación final—permanece en la infancia.

281. *El «yo» lo quiere todo.*—Parece que el hombre no se mueve más que para poseer. Al menos autorizan esta suposición las lenguas, que consideran toda ac-

ción pretérita como conducente á una posesión (yo he hablado, luchado, vencido, quiere decir «yo estoy en posesión de mi palabra, de mi lucha de mi triunfo»). ¡Qué ansioso es el hombre! ¡No dejarse arrancar lo pasado, retenerlo todavía!

282. *El peligro de la belleza.* — Esa mujer es hermosa é inteligente; pero ¡ay!, ¡cuánto más inteligente habría llegado á ser si no fuese hermosa!

283. *La paz del hogar y la paz del alma.* — Nuestro estado de ánimo habitual depende del estado de ánimo que sabemos infundir á los que nos rodean.

284. *Presentar una noticia como si fuera antigua.* — Muchos se enfadan cuando se les comunica una noticia; comprenden la preponderancia que da la noticia al que la sabe el primero.

285. *¿Dónde acaba el «yo»?* — La mayoría de los hombres toman bajo su protección las cosas que saben, como si el saberlas las hiciera propiedad suya. El ansia de acaparar de los instintos personales no tiene límites. Los grandes hombres hablan como si tuvieran detrás la totalidad del tiempo y fuesen la cabeza de un cuerpo enorme, y las mujeres consideran un mérito la hermosura de sus hijos, de su perro, de su médico, de su ciudad; pero no se atreven á decir: «Yo soy todo eso»; *Chi non ha, no è*, como dicen los italianos.

286. *Los animales domésticos.* — ¡Qué repugnante es el sentimentalismo hacia las plantas y los animales por parte de seres que en su origen hicieron tales destro-

zos entre aquéllos, como si fueran sus más feroces enemigos, y que acaban por querer que les profesen afecto sus víctimas, debilitadas y mutiladas! En estas cosas conviene que el hombre sea *serio*, si es hombre pensador.

287. *Los amigos.* — Eran amigos; pero han dejado de serlo, y se han desprendido mutuamente de su amistad, el uno porque se creía demasiado desconocido y el otro porque se juzgaba demasiado conocido, y se engañaban los dos, pues ninguno se conocía bastante á sí mismo.

288. *La comedia de los hombres nobles.* — Aquellos á quienes no dió buen resultado la familiaridad noble y cordial procuran dejar adivinar la nobleza de su condición por medio de la reserva, la severidad y cierto desprecio hacia las familiaridades, como si la violencia de su sentimiento de confianza se avergonzara de manifestarse.

289. *Con quiénes no se puede hablar mal de una virtud.* — Entre los cobardes es de mal tono hablar mal del valor, pues se corre el riesgo de ser despreciado, y los hombres sin entrañas se enfadan cuando se dice algo contra la compasión.

290. *Despilfarro.* — En los genios irritables é imprevisores, las primeras palabras y los primeros actos no indican nada respecto de su carácter propio (están inspirados por las circunstancias, y en cierto modo son eco del sentido de las circunstancias); pero dichas esas palabras y ejecutados esos actos, las palabras y los actos propios de su carácter que vienen después

tienen que malgastarse y sacrificarse con frecuencia en atenuar y reparar lo anterior.

291. *Presunción.*—La presunción es un orgullo fingido y *representado*, pero precisamente lo característico del orgullo es que ni puede ni quiere fingir, simular ni representar comedias. En este sentido la presunción es la hipocresía de la incapacidad de fingir, cosa muy difícil y que fracasa las más de las veces. Si, como sucede generalmente, el presuntuoso se hace traición, tiene tres castigos: se le mira mal porque ha querido engañarnos y porque ha querido mostrarse superior á nosotros, y por último, nos reímos de él porque ha fracasado en ambos conceptos. Cuanto se diga para prevenir contra la presunción es poco.

292. *Una equivocación.*—Cuando oímos hablar á alguno, á veces basta el sonido de una sola consonante (por ejemplo, el de una *erre*) para inspirarnos dudas sobre la sinceridad con que se expresa; no estamos acostumbrados á ese sonido, y tendríamos que poner cuidado para reproducirle y por eso nos parece fingido. Pero esta es una equivocación grosera y lo mismo sucede con el estilo de un escritor que tiene hábitos que no son los de todo el mundo. El solo comprende su natural tal como es, y acaso lo que él mismo considera ficticio, lo que hizo alguna vez cediendo á la moda y al buen gusto, sera lo que agrada á él inspirará confianza.

293. *Exceso de gratitud.*—Un poco más de gratitud y de compasión de lo debido, hace padecer como un vicio. A pesar de toda la independencia y toda la voluntad se empieza á perder la tranquilidad de la conciencia.

294. *Santos.*—Los hombres más sensuales son los que huyen de la mujer y tienen que mortificar la carne.

295. *Servir con sagacidad.*—Uno de los aspectos más difíciles del gran arte de servir, es servir á un ambicioso desenfrenado, que siendo en todo un egoísta, no quiere pasar por tal (lo cual es una de las formas de su ambición) y exige que todo se haga según su voluntad y su capricho, pero siempre de manera que parezca que es él quien se sacrifica y que no quiere nada para sí mismo.

296. *El duelo.*—Considero una ventaja—decía alguien—poder desafiar á alguno cuando siento necesidad imperiosa de ello; pues siempre habrá gentes de valor en torno mio. El duelo es la única forma honrosa de suicidio que nos queda; desgraciadamente es un medio indirecto y no siempre seguro.

297. *Nefasto.*—Con seguridad se echa á perder á un joven enseñándole á apreciar más al que piensa como él que al que piensa lo contrario.

298. *El culto de los héroes y sus fanáticos.*—El fanático por un ideal, siendo como es un hombre de carne y hueso, suele tener razón cuando niega y en sus negaciones es terrible: conoce lo que niega tan bien como se conoce á sí mismo, por la sencilla razón de que viene de allí, que lo ha considerado como su casa y que teme en su fuero interno tener que volver, por lo cual quiere hacerse imposible el regreso por la manera de negarlo. Pero en cuanto se pone á afirmar algo, entorna los ojos y empieza á idealizar (frecuentemente,

sin otro fin que el de molestar á los que continúan en la casa que él ha abandonado).

Acaso resultará artística la forma de su afirmación, pero, con todo, habrá en ella algo de desleal. El que hace de una persona su ideal la coloca á tal distancia que no puede verla con precisión, é interpreta en el sentido de hermosura aquello que puede percibir, fijándose en la simetría, las líneas indecisas, la falta de precisión. Como quiere adorar ese ideal que flota en las alturas á lo lejos, necesita construir un templo para su adoración, que le resguarde del *profanum vulgus*. A él lleva los objetos santificados y venerables que posee para que su encanto favorezca al ideal y con este alimento crezca y se haga cada vez más divino. Por último, consigue rematar su dios; pero ¡ay! existe alguien que sabe todo lo que ha pasado, su conciencia intelectual, y también hay alguien que inconscientemente protesta, el divinizado mismo, que á consecuencia del culto, de las alabanzas y del incienso se vuelve tan insoportable, que descubre de la manera más evidente y más lastimosa que no tiene nada de divinidad y que sus cualidades son demasiado humanas. Entonces no le queda al fanático más que una salida: dejarse maltratar pacientemente é interpretar este contratiempo, todavía *in majorem Dei gloriam* como un nuevo engaño de sí mismo, y una noble mentira. Toma partido contra sí mismo y experimenta como un martirio al verse maltratado y al interpretarlo de esa suerte, por cuyo camino llega al pináculo de la presunción. Alrededor de Napoleón hubo hombres de esta índole y quizá fué él quien sembró en el alma de este siglo esa prostración romántica ante el genio y el héroe, tan distinta del espíritu racionalista del siglo anterior. Byron no se avergonzó de decir que «ante un ser se-

mejante se consideraba un gusano». (Quien dió con las fórmulas de semejante humillación fué Tomás Carlyle, un viejo gruñón, embrollado y pretencioso que invirtió su larga existencia en volver románticos á los ingleses: ¡trabajo perdido!)

299. *Apariencias de heroísmo*.—El hecho de lanzarse en medio del enemigo puede ser señal de cobardía.

300. *Benevolencia para los aduladores*.—La última muestra de prudencia de los ambiciosos insaciables consiste en ocultar el desprecio hacia los hombres que les inspiran los aduladores, aparentando benevolencia hacia éstos, como un dios que no puede menos de ser benévolo.

301. *Un carácter*.—«Lo que digo lo hago»: esta manera de pensar parece revelar un carácter. ¡Cuántas acciones ejecutamos, no por haberlas determinado en atención á lo que tienen de racionales, sino porque cuando se nos ocurrieron, excitaron en una ú otra forma nuestra ambición ó nuestra vanidad, y esto nos obliga á ejecutarlas ciegamente! De este modo fomentan en nosotros la fe en nuestro carácter y tranquilizan nuestra conciencia, aumentando, por consiguiente, nuestra fuerza, mientras que la elección de lo más racional alimenta cierto escepticismo respecto de nosotros mismos, que supone un elemento de debilidad.

302. *Una, dos y tres veces verdadero*.—Los hombres mienten muchísimo pero no piensan después en ello ni por lo general lo creen.

303. *Pasatiempo del que conoce á los hombres*.—Cree que

me conoce y se considera sagaz é importante cuando se trata, en una ú otra forma, de sus relaciones conmigo. Me guardaré muy bien de desengañarle, pues me guardaría rencor por ello, mientras que ahora me quiere bien porque le proporcione el sentimiento de una superioridad consciente. Aquel otro teme que yo me figure conocerle, lo cual le hace experimentar un sentimiento de inferioridad. Por eso es para conmigo brusco é inconsecuente y trata de extraviarme respecto de su persona, para elevarse de nuevo sobre mí.

304. *Los destructores del mundo.*—Fulano es incapaz de realizar tal ó cual cosa, y acaba por exclamar lleno de ira: ¡Ojalá se arruine el mundo hasta los cimientos! Este sentimiento aborrecible es el colmo de la envidia, que siente así: «Ya que yo no puedo conseguir tal cosa, que el mundo entero no posea nada, que deje de existir.»

305. *Avaricia.*—Cuando compramos algo aumenta nuestra avaricia con la baratura del objeto. ¿Será porque las pequeñas diferencias de precio aguzan la vista de la avaricia?

306. *Ideal griego.*—¿Qué admiraban los griegos en Ulises? Sobre todo, el arte de mentir y de tomar represalias astutas y terribles; después el saber ponerse á la altura de las circunstancias; parecer, cuando venía al caso, más noble que el más noble; el acertar á ser todo lo que quería, la terquedad heroica, utilizar todos los medios, tener ingenio—el ingenio de Ulises admira á los dioses y les hace sonreír cuando piensan en él;—todo esto forma parte del *ideal griego*. Lo más curioso es que no se percibía del todo la contradicción entre

ser y parecer, y, por consiguiente, no se la daba importancia. ¿Hubo jamás cómicos tan consumados?

307. *Facta, si: facta, ficta.*—El historiador no tiene que considerar los acontecimientos tal como han ocurrido, sino como se ha supuesto que pasaron: así es como produce efecto. Lo mismo sucede con los héroes supuestos. Su objeto, lo que se llama historia universal, no es más que la exposición de las opiniones presuntas acerca de acontecimientos presuntos también, que á su vez han dado origen á opiniones y hechos cuya realidad se evapora inmediatamente y no obra más que como un vapor. Es un continuo parto de fantasmas entre las espesas nubes de una realidad impenetrable. Todos los historiadores refieren cosas que no han existido más que si acaso en la imaginación.

308. *El no saber comerciar es distinguido.*—El vender su mérito lo más caro posible ó negociar con usura, á título de profesor, funcionario ó de artista, pone al talento ó al genio á la altura de un tendero. No está bien querer ser demasiado *hábil* con la sabiduría.

309. *Temor y amor.*—El temor ha hecho progresar mucho más que el amor los conocimientos generales de los hombres, pues el temor quiere adivinar qué es cualquier otro ser que tengamos delante, qué sabe, qué quiere, y al engañarse correría un peligro ó sufriría un perjuicio. En cambio, el amor se inclina secretamente á ver en otro ser todas las cualidades bellas y á elevarle todo lo posible: para él sería un placer y una ventaja engañarse; por eso lo hace.